



Berta Ureta tiene un rol incidental pero cautivante en *El Agente Topo*, el filme chileno que compite como Mejor Documental en los Oscar, que se entregan mañana. La residente de un hogar de ancianos de El Monte fue monja, profesora y solo en su tercera edad decidió que quería ser actriz. Esta es la vida de una mujer que buscó la fama y que la logró después de muerta. POR LEO RIQUELME

Esa noche de noviembre
de 2009. Daniela Záror recordó que perdieron su vida cuando estuvieron en el hogar de ancianos de El Monte.

Perdieron su vida. Presionaron para subir la suya. De modo final y la pantalla se fue a negro. Hasta hoy, no sabe por qué se quedó el computador y todo se perdió.

—Quedé en shock —dice al teléfono, desde Concepción, donde pasa la pandemia.

Daniela Záror asegura que entre su pena y su estupor pensó en su protagonista, Berta Ureta Urrutia, y la promesa que hizo.

A Berta llegó por un aviso que ella publicó en un sitio web para actores. Su requerimiento decía: «Necesito una señora mayor de 40 años que quiera grabar un corto muy simple, de un día de grabación».

La primera persona que respondió fue Berta. Llamó desde un hogar de ancianos de El Monte. Tenía 77 años.

—Me pareció tan curioso que alguien atendiera mi casting desde un hogar que fui para allí —dice Daniela—. Me hizo pasar una maravillosa vida y empecé a bajar rostro, a mostrar sus bordados. Apenas la vi, pensé: ésta es la señora que estoy buscando. Ella me dijo: «Mi sueño es ser actriz».

«

Berta nació en 1922 y siendo pequeña quedó huérfana. La familia decidió separar a las dos hijas del matrimonio. Ella se fue con una tía.

—Tuvo una niñez muy triste. La tía, más que criarla, la tenía de empleada, le pegaba y ella se fugó y recurrió a las monjas —relata Julio Sepúlveda, diácono de la parroquia de El Monte y el gran amigo que tuvo Berta en su adultez.

En su entorno coincidieron en que en el convento las cosas no mejoraron, pues por ser pobre y sin dote que donar, las religiosas la confinaron al aseo. Para peor, dice Julio Sepúlveda, una superiora le tomó mala, la incluyó de un robo que no cometió y la echó del convento. Pese a esto, se mantuvo hasta el final de los días como “Tercera Franciscana”, es decir, una devota laica que vive bajo el ejemplo de San Francisco y que hace votos de castidad.

—Siempre fue señorita —aclara su prima familiar vivía en su sobrina Isabel Guererro.

Fuera del convento, Berta comenzó a trabajar en la enseñanza de inglés, donde, quien la motivó a instruirse y a ingresar a la Escuela Normalista, donde se convirtió en profesora de enseñanza básica. Trabajó en escuelas de María Pinto, Melipilla y Talagante.

—Era muy amante de sus “macacos”, como les decía a sus niños —comenta Isabel Guererro, quien agrega que a la par tomó cursos de actuación y que solía participar entusiastamente en los actos de los colegios.

La sobrina sostiene que por muchos años su tía vivió en una casa quinta en María Pinto, donde la iba a visitar para disfrutar de la huerta y la conversación de Berta.

Años más tarde, Berta se fue a vivir a un departamento en Talagante, donde

estuvo hasta que jubiló. Ahí incrementó sus labores como ministra de comunión y visitante de enfermos. Su sobrina recuerda que empezó a sufrir dolores en las piernas. Al tanto de su situación, el párroco de la época le dio un consejo que sus cercanas cuentan así: que sus cerca-

—Le dijo: «Berta, ¿por qué no te vas a un hogar, en vez de estar gastando en luz, agua, gas?». ¿Por qué no te vas al hogar de El Monte, que es muy bueno. Yo conozco a los monjes que lo administran».

Tras pensar unos días, aceptó.

Era 1994. Berta Ureta tenía 62 años, vendió su vivienda, sus muebles y partió al Hogar San Francisco de El Monte.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funciónantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le trajera en casa. Nadie lo objeta.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor hotel de lujo —describe su sobrina.

Una funcionantera de la residencia la llevó a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té